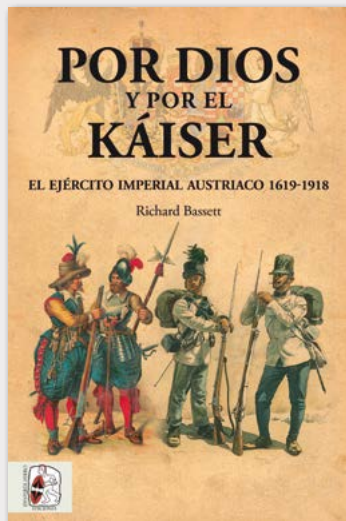


La historia del ejército más difamado de Europa

Por Dios y por el Káiser es la obra fundamental para conocer el Ejército Imperial austriaco, garante de la supervivencia de los Habsburgo de Viena. Un ejército multicultural, multiconfesional y meritocrático cuya historia es también la historia del continente europeo.



25-10-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Por Dios y por el Káiser, el Ejército Imperial austriaco 1619-1918* del aclamado historiador, biógrafo y autor británico [Richard Bassett](#). La obra recorre la historia del Ejército Imperial de los Habsburgo de Viena deshaciendo las tergiversaciones que existían sobre su desempeño militar y estratégico.

«Austria no ha tenido suerte con sus biógrafos». Y no le faltaba razón a Hermann Bahr en virtud de la imagen que de su ejército imperial nos ha llegado, una suma de incompetencia e inoperancia, intransigencia y brutalidad. Sin embargo, para tener «el tedioso hábito de ser siempre derrotada» –la chanza es de Talleyrand–, se trata de un ejército que integraba soldados procedentes de una veintena de naciones, pero con un grado de cohesión sin igual; paladín del catolicismo, hacía gala de una inusitada tolerancia religiosa al incorporar protestantes, ortodoxos, musulmanes y judíos. Puntal del Antiguo Régimen, amparaba la movilidad social y el ascenso a las más altas jerarquías. Una estructura supranacional única en Europa cuyo *leitmotiv* era garantizar la supervivencia de la dinastía, objetivo que cumplió con creces durante tres turbulentos siglos.

La dinastía de los Habsburgo de Viena contaba con una capacidad de resiliencia enraizada en la inquebrantable lealtad de su formidable ejército, que sobrevivió a la devastación de la Guerra de los Treinta Años y domoñó al invencible Turco; obró milagros garantizando la improbable sucesión de su joven reina y acogotó al mismísimo Federico de Prusia; se convirtió en el enemigo acérrimo de Napoleón, o soportó condiciones inimaginables en los campos de batalla de la Gran Guerra, tras no haber combatido en una generación. No parecen estas las gestas de un ejército perdedor.

Tras su publicación, *Por Dios y por el Káiser* se ha convertido, por pleno derecho, en la primera biografía integral del Ejército Imperial austriaco sacando a la luz los éxitos de una fuerza militar que había sido cuestionada durante varios siglos. Por contra, nos encontramos con un ejército con un protagonismo decisivo en el continente ya que ha participado en las principales contiendas europeas desde el siglo XVII hasta el final de la I Guerra Mundial. En definitiva, con Richard Bassett el Ejército Imperial austriaco ha encontrado al biógrafo que le ha hecho justicia.

El libro estará **disponible desde el martes 30 de octubre**.

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 637 659 915 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



Richard Bassett es un aclamado historiador, biógrafo y autor británico. Estudió Derecho en el Christ's College de la Universidad de Cambridge y posteriormente obtuvo una maestría en Historia del Arte en el Courtauld Institute of Art, se especializa en Historia de Europa Central, convirtiéndose en un experto en la materia sobre la que publicará varios libros. Después de graduarse en Cambridge, trabajó como músico profesional en Eslovenia, antes de convertirse en corresponsal para *The London Times* en Viena, Roma y Varsovia desde 1979 hasta el final de la década de los años ochenta. Sus crónicas y noticias, durante esta época, cubrieron el final de la Guerra Fría y dieron advertencias tempranas de la inminente desintegración de Yugoslavia.

Más tarde se trasladó a Londres y en esta ciudad trabajó diecisiete años, durante los cuales ha dado conferencias en la New Cambridge Habsburg Studies Network y la Royal Military Academy en Sandhurst. También ha enseñado en el Courtauld Institute of Art, en la Universidad de Udine, en la Soros University of Budapest y en varias universidades de Londres, Liubliana, Trieste y Zagreb.

Richard Bassett se convirtió en afiliado del Cambridge University Forum on Geopolitics y es director de comunicaciones estratégicas y corporativas en la sucursal de WestLB en Londres, ciudad en la que vive actualmente. Ha trabajado durante los últimos quince años asesorando a varias de las compañías más grandes de Europa.

La obra de Richard Bassett incluye títulos tan destacados como *A Guide To Central Europe* (1987), *Balkan Hours: Travels in the Other Europe* (1991), *Hitlers Spy Chief – The Wilhelm Canaris Mystery* (2005), *Hitlers Meisterspion* (2007), *The Open Eye In Learning: The Role Of Art In General Education* (1969), *Waldheim & Austria* (1989) o *Por Dios y por el Káiser. El Ejército Imperial austriaco 1619-1918* (2018) publicado por Desperta Ferro Ediciones.



Infantería austriaca desde el final de la Guerra de los Siete Años hasta 1840 (1959), gouache de Gottfried Pils. Colección del autor

SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Bassett se propone “explorar si la reputación del Ejército de los Habsburgo de ineficiencia, incompetencia, poca fiabilidad e, incluso, crueldad, está justificada”. En su ayuda congrega un elenco de fuentes impresionante, y demuestra, con una prosa cautivadora, que no lo está».

Adam Zamoyski, *Literary Review*

«Estamos ante una buena narración histórica, y su naturaleza global la convierte en una interesante introducción tanto para estudiantes como para un lector general que no tenga demasiados conocimientos acerca de la monarquía de los Habsburgo. Otro punto a favor de Bassett es que su propósito es situar las historias de cada campaña en el contexto más amplio sobre la Monarquía Dual austrohúngara y su viabilidad a comienzos del siglo XX».

Matthew Lungerhausen, *H-Net Reviews*

«Richard Bassett añade a las cualidades normales en un historiador un conocimiento profundo de la cultura y la mentalidad austriacas. No se me ocurre una manera mejor de intentar que el público cultivado comprenda (y goce, me atrevo a decir) de este apasionante tema, que durante tiempo ha sido maltratado por la historiografía común».

Christopher Duffy, autor de *The Austrian Army in the Seven Years War*

«La bella narrativa de Bassett se alinea con atractivas viñetas que ilustran la manera en que las fuerzas armadas han dado forma y color a la historia de Austria».

Andrew Barker, *Austrian Studies*

«En este estupendo libro, Richard Bassett examina el papel central que el Ejército imperial desempeñó en Austria. Mientras que es innegable que su capacidad militar estaba en horas bajas en 1914, el autor sostiene que esto le ha ganado una innecesaria mala reputación. A lo largo de varios siglos, este Ejército demostró una destacable capacidad de adaptación e innovación. Bassett cree que la institución encarnaba la idea de que las relaciones dinásticas, culturales y económicas eran más importantes que la identidad nacional. De hecho, las fuerzas armadas se convirtieron en un formidable instrumento en la formación del Estado y proporcionaron cohesión incluso cuando el nacionalismo fue ganando importancia [...] Bassett describe con destreza las diferencias entre el Ejército de Austria y el de sus contrincantes europeos».

William Hay, *National Interest*
The Spectator

«John Keegan consideraba que el libro más importante que quedaba por escribir era una historia del Ejército austriaco. Richard Bassett ha puesto dichoso remedio a esa carencia, y pocos estarían mejor cualificados que él para hacerlo».

John Jolliffe, *The Spectator*

«Es este un libro excelente, adecuado para lectores de todo nivel, y que avanza en la rectificación de los errores, largo tiempo mantenidos, acerca del papel de Austria en Europa».

Army Rumour Service

ÍNDICE

Agradecimientos
Introducción

PARTE I. LA CONEXIÓN HABSBÚRGICA

Capítulo 1. Los coraceros del Káiser
Capítulo 2. Por Dios y el emperador
Capítulo 3. «El noble caballero»
Capítulo 4. «Nuestra sangre y vida»
Capítulo 5. El resurgir de Austria
Capítulo 6. *Mater Castrorum*
Capítulo 7. El Ejército y la Ilustración josefiniana

PARTE II. REVOLUCIÓN Y REACCIÓN

Capítulo 8. El Ejército y la Revolución francesa
Capítulo 9. De Marengo a Austerlitz
Capítulo 10. La destrucción del mito
Capítulo 11. Choque de titanes
Capítulo 12. De Znaim a Leipzig
Capítulo 13. Biedermeier, Vormärz y Radetzky
Capítulo 14. De Magenta y Solferino al Düppel y Oeversee
Capítulo 15. La guerra austro-prusiana
Capítulo 16. Victorias en el sur

PARTE III. IMPERIAL Y REAL

Capítulo 17. *k. (u.) k.*
Capítulo 18. Hacia una Marina de Guerra del siglo XX
Capítulo 19. El Evidenzbüro y el coronel Redl
Capítulo 20. El camino militar a Sarajevo
Capítulo 21. El Ejército y la crisis de julio
Capítulo 22. La última guerra de Austria-Hungría
Capítulo 23. 1915-1916
Capítulo 24. 1916-1918
Capítulo 25. *Finis Austriae*
Capítulo 26. Consecuencias

Bibliografía
Índice analítico

CAPÍTULO 1

LOS CORACEROS DEL KÁISER

La salvación de una dinastía



EL 5 DE JUNIO DE 1619 Y EL KAISERLICHE ARMEE

Kaiserliche Armee («Ejército imperial») fue la denominación que conservaron las fuerzas de los Habsburgo hasta su disolución en 1918. Fue un título creado durante la extraordinaria crisis de junio de 1619. Antes de esa fecha, nadie veía las tropas de los Habsburgo como propiedad personal del soberano. Algunos momentos dramáticos lo cambiaron todo y, desde entonces, se creó un vínculo entre la milicia y el monarca que duró tres siglos. La fuerza de esta nueva relación se puso pronto a prueba, en la Guerra de los Treinta Años. En el momento en que este conflicto catapultó el ascenso de Albrecht Eusebius Wallenstein (1583-1634) hasta convertirlo en el más poderoso caudillo militar de su época, la cuestión de su lealtad adquirió una importancia capital. La dinastía pudo, en última instancia, servirse de sus soldados para eliminar aquella amenaza. Al final de este periodo, el Kaiserliche Armee era ya una realidad incontestable.

La primera semana de junio sumerge a Viena en una nube de calor y polvo. Las gargantas se resecan cuando el viento cálido levanta pequeñas nubes de suciedad a lo largo de las carreteras y los caminos. Los vieneses, irritables incluso en las mejores ocasiones, empujan quisquillosos a propios y extraños a un lado, buscando con ansia una sombra que los resguarde. Al oscurecerse las nubes, la humedad agobiante inmoviliza hasta a los gorriones, que se reúnen adormilados en las superficies de los polvorientos patios del Hofburg, el palacio imperial cuyas estancias estaban, están y siempre estarán ligadas a la casa de los Habsburgo.

En junio de 1619, Viena aún no había alcanzado su posición indiscutible de capital de un gran imperio europeo. La verdad es que los Habsburgo habían avanzado mucho desde 1218, cuando un modesto conde llamado Rodolfo había sacado a la familia de los estrechos valles suizos donde nació. A través de una serie de batallas, y luego de sugerentes matrimonios dinásticos, había impul-

sado a aquella familia desconocida y endogámica de los Alpes hasta el puesto de mando de Europa, donde se convertirían en la dinastía imperial más grande de la historia. Otros países han podido disponer de muchas familias para abastecer su necesidad de monarcas –el caso de Inglaterra nos viene a la mente–, pero la historia de Austria y del corazón de Europa no es, en realidad, más que la historia de una familia y únicamente de esa familia: los Habsburgo.

Al comenzar el siglo XVII, los Habsburgo ya habían dejado atrás su cénit como potencia mundial. El Imperio «donde no se ponía el sol», cuyos dominios se extendían a lo largo de España, Iberoamérica y Alemania, se había partido al retirarse Carlos V en 1556. Los dominios españoles habían pasado a Felipe II, hijo de Carlos, mientras que los dominios austriacos, ligados al tejido del Sacro Imperio Romano Germánico, habían pasado al sobrino de Carlos, Fernando. En 1554, incluso Inglaterra parecía destinada a incorporarse de forma permanente al sistema de esta familia, cuando Felipe se casó con la reina María en la catedral de Winchester.

Pero mientras que los dominios españoles eran una entidad más cohesionada, la rama austriaca, que asumió el derecho «histórico» de la familia a la corona de Carlomagno y el Sacro Imperio, era un rico tapiz de principados, reinos enanos y ducados menores en el que distintas razas juraban obediencia al emperador del Sacro Imperio. El título no era hereditario, por mucho que los Habsburgo pensaran que era de su propiedad. Al emperador lo elegía un consejo de siete príncipes que se reunían en Fráncfort del Meno. El derecho de los Habsburgo a detentar este título, que desde el 6 de enero de 1453 sentían casi como un derecho de familia, nacía de su posesión de tierras hereditarias en Europa Central y, sobre todo, por poseer el título de soberanos del reino de Bohemia. Aunque los Habsburgo austriacos nunca pudieron aspirar de verdad al estatus de potencia global que su familia había conseguido con Carlos V en la generación anterior, iban a asumir una posición muy potente en la historia de Europa.

CAPÍTULO 2

POR DIOS Y EL EMPERADOR

El socorro de Viena



El asedio de Viena ha perdurado como una de las más brillantes operaciones militares de la historia de Austria y de toda Europa. Su importancia, desde un punto de vista táctico, descansa por completo en la brillantez del *Stadtkommandant* austriaco, Ernst Rüdiger Starhemberg, y el subsiguiente socorro de la ciudad por una fuerza multinacional. En lo que se refiere al prestigio militar, sus efectos fueron aún más amplios. Viena resistió una prueba que ninguna otra gran ciudad europea había experimentado jamás. El papel de Austria como baluarte de la cristiandad se proclamó enérgicamente y se ensalzó a su Ejército por haber salvado Europa. En realidad, los laureles también los merecieron los soldados de otras naciones, entre los que destacan los polacos, pero los acontecimientos de 1683 hicieron refulgir la reputación de las fuerzas armadas de los Habsburgo: les proporcionaron confianza para afrontar las luchas venideras, en especial, en el este.

Las condiciones pantanosas de las islas del Danubio y de la llanura húngara aún hoy evocan el paisaje del gran

poema de Rilke *Canción de amor y de muerte del alférez Christoph Rilke*: «Y tanto se ha agotado el valor, y tanto ha crecido el deseo. No hay más colinas, apenas un árbol. Nada se mueve».¹

Fue una mañana como aquella, en 1683, cuando una siniestra constatación comenzó a tomar cuerpo en la conciencia de un grupo de exploración de caballería austriaca enviado a reconocer las tierras al este de Győr, lugar que marcaba los límites occidentales de aquella ardiente y turbulenta tierra denominada Hungría. Oteando a través de la calima del verano, aunque precavidos frente a las ilusiones ópticas provocadas por el célebre efecto *fata morgana* típico de la llanura húngara, vieron una pequeña nube de polvo en el horizonte. Cabalgando ya de vuelta hacia Győr, se detuvieron un

minuto otra vez para mirar atrás, suponiendo que la nube se habría evaporado. Sería, sin duda, una ilusión causada por el seco calor del verano. Mas, al observar de nuevo, estirándose en sus sillas de montar, comprobaron que la nube no había desaparecido. Todo lo contrario: su tamaño había aumentado. Como Rilke escribió: «Todo era luminoso, aunque no era de día». Las operaciones a lo largo de los límites orientales de Austria afinaban las tácticas y los sentidos militares de los soldados.²

Los jinetes se dieron la vuelta al momento; sabían que habían vislumbrado algo que no era un espejismo, ni ningún otro efecto óptico del sol. Pese a toda su irreal majestuosidad, aquella nube era una amenaza mortal para el mundo que conocían. Una civilización entera estaba en marcha. Un ejército otomano de tamaño y ambición inmensos, seguro de su capacidad militar y científica, estaba a punto de poner en práctica una nueva forma de terror entre los pueblos de Europa Central. Su objetivo era sencillo: no era territorial ni diplomático, aunque estos eran factores menores también a

tener en cuenta. No, el objetivo verdadero de los jenízaros que marchaban con sus mosquetes al hombro y sus cimitarras desenvainadas era simple: la exterminación de la cristiandad como una fuerza activa en las tierras del Danubio. Para conseguirlo tendrían que organizar la destrucción de la odiada casa de Habsburgo. Dicha casa había resistido, una y otra vez, a sus intentos de expansión. Hacía más de cien años que el hijo ilegítimo de Carlos V, don Juan de Austria, había aniquilado la flota otomana en Lepanto en 1571, en una victoria en general atribuida a la intervención divina de Nuestra Señora de la Victoria, movilizadora debido a un millón de rosarios.



Izquierda: Retrato anónimo del príncipe Eugenio de Saboya (1768), grabado copia de un cuadro de Kupetzky. Colección del autor

CAPÍTULO 10

LA DESTRUCCIÓN DEL MITO

Aspern y Essling



El Ejército había luchado bien, pero su generalato había resultado muy inferior al enemigo. Tras Ulm y Austerlitz, la dinastía tuvo claro que hacían falta dos cosas para tener posibilidades de éxito en cualquier lucha futura contra Napoleón. En primer lugar, el archiduque Carlos debía detentar el mando; en segundo lugar, el Ejército necesitaba un tiempo de preparación para adaptarse a la guerra moderna.

La Paz de Presburgo, firmada el 26 de diciembre de 1805, no impuso una paz cartaginesa a Viena –esto casi sucedería cuatro años más tarde–, pero las condiciones fueron costosas. En su estilo habitual, el emperador Francisco la resumió con frialdad en una carta dirigida al zar Alejandro. El tratado, escribió, «resultó una rendición ante un enemigo que sacó todo el provecho posible de su ventaja».¹ Con el distanciamiento y la moderación tan típicos de las expresiones de Francisco, el káiser concluía con frialdad: «Me he visto obligado a abandonar parte de mis provincias para conservar las demás». Para la dinastía, la amputación siempre significaba que la vida seguía.

La «parte» que tuvo que sacrificar fue importante: Venecia, Friul, Dalmacia e Istria eran territorios, o ricos en agricultura, o bien de importancia estratégica, aunque ninguno de ellos formara parte de las tierras hereditarias de la corona. La cesión del Tirol a Baviera era algo distinto. Los orgullosos y fuertes hombres (y mujeres) de los valles tiroleses hablaban su propio dialecto y despreciaban de una manera feroz a los forasteros. Les bastaba escuchar un acento bávaro para enfurecerse. La mano dura del gobierno bávaro azuzó las brasas de la rebelión nacional. La entrega de Lindau y de las posesiones de los Habsburgo cercanas a Brisgovia confirmaron los acuerdos anti-Habsburgo en Alemania.

Estos acuerdos significaron el establecimiento de un tapiz de mini-Estados alemanes en calidad de dominios de Francia. Baden y Wurtemberg ya habían sido recompensados por su apoyo a la causa napoleónica. El 16 de julio de 1806, el protectorado napoleónico de la Rheinbund [Confederación del Rin] confirmó la lealtad de dieciséis príncipes del sur y del oeste de Alemania, que en caso de guerra estarían obligados a proporcionar 65 000 soldados al servicio de Francia. Estos pequeños príncipes alemanes, entre grandes festejos, mediatizados y muy reducidos, declararon su deseo de separarse para siempre del

Sacro Imperio. Este, que había sido una prerrogativa de los Habsburgo, se había convertido en un cascarón vacío; su prestigio había disminuido y su utilidad había desaparecido. Entre la corona de Carlomagno y los cañones de Napoleón, los soberanos de estos Estados liliputienses optaron por colaborar con el conquistador.

Cinco días más tarde, el emperador Francisco dejó a un lado los sagrados objetos reales del Sacro Imperio Romano Germánico y la magnífica corona de Carlomagno y nunca los volvió a usar. Dos años antes, acuciado por la desertión de los príncipes alemanes, el emperador se había coronado emperador de Austria. Desde ese momento, las antiguas tierras hereditarias de la corona austriaca pasaron a formar el motor del poder de los Habsburgo, y como muchos de sus habitantes eran germanohablantes, la dinastía vio con claridad la necesidad de avivar la llama de la nacionalidad alemana, «luchar con fuego contra el fuego».

El emperador, con la tenacidad que caracterizó a Austria a lo largo de este periodo, apoyó esta política con un nuevo programa de reformas militares. La piedra angular de los cambios sería, por fin, el ascenso del archiduque Carlos. Francisco, dejando a un lado las pequeñas intrigas y celos de la corte, nombró a su hermano *Generallissimus*, jefe supremo, así como también presidente del Consejo Áulico.

Carlos, con su energía habitual, se zambulló en la tarea de convertir al Ejército austriaco en una fuerza moderna, capaz de luchar en pie de igualdad con los franceses. No era una tarea fácil, ya que después de Austerlitz, Napoleón se encontraba en el cénit de su poder. Era un señor de la guerra que parecía no haber conocido jamás la derrota. Carlos, por su parte, trabajó sin cesar en sus reformas: nuevas unidades de reserva, nuevas tácticas y maniobras, nuevas formaciones y uniformes más económicos. Mientras que Napoleón no cesó de guerrear. Un año después de Austerlitz los prusianos fueron barridos en una sola tarde, en los campos de Jena y Auerstädt. Napoleón, por una vez, no exageraba en su parte del 16 de noviembre de 1806, en el que comentó: «Del ejército pruso-sajón no ha quedado nada. Sus 145 000 hombres han acabado muertos, heridos o prisioneros. No han escapado más que el rey, la reina, el general Kalkreuth y 10 o 12 oficiales».²

CAPÍTULO 15

LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA

Königgrätz, 1866



La equivocación del Ejército austriaco de no adoptar las últimas novedades en el entrenamiento y la potencia de fuego de la infantería le iba a costar muy cara en 1866. En cambio, la artillería había aprendido las lecciones de Solferino y al estallar la guerra era la mejor de Europa.

La Guerra de las Seis Semanas, que culminó en la batalla de Königgrätz,¹ se considera uno de los conflictos más decisivos y de consecuencias más importantes del siglo XIX. Allí se fraguó la noción de una Alemania moderna unida bajo el liderazgo prusiano. La hegemonía de Alemania en Europa, y las dos terribles guerras del siglo XX que tuvieron lugar para evitarla, no podrían haber sucedido sin la victoria de Prusia de 1866. Desde Königgrätz a Potsdam en 1945 transcurre una ruta inequívoca pero infausta. Dicha ruta se trazó en unas pocas horas, en los campos de muerte del bosque Swiep que descansa acunado entre los pliegues de las suaves cuevas del paisaje del norte de Bohemia. El escritor alemán Thomas Mann comentó una vez que Berlín estaba condenada a ser siempre una ciudad a la espera. La matanza de Königgrätz y la derrota de Austria condenó a Berlín a un destino mucho peor: ya no tendría que esperar más para convertirse en la ciudad más dominante de Europa.

¿Quiénes fueron los parteros del nacimiento de aquella fatídica cadena de acontecimientos? Son un grupo de personajes que pueden competir en pintoresquismo con cualesquiera de los que nos hayamos encontrado

a lo largo de nuestra historia hasta ahora. En el bando prusiano estaba el Canciller de Hierro, Otto von Bismarck (1815-1898), cuyas maniobras políticas primero persuadieron al reacio monarca prusiano a entrar en guerra con Austria y luego evitaron que dicho monarca estropear la victoria exigiendo una paz cartaginesa. De apariencia robusta, sus modales pesados e intimidatorios ocultaban una mente ágil y un fulminante sarcasmo que desarmaban a sus adversarios más obtusos. En una ocasión se le preguntó, de forma agresiva, qué haría si un ejército británico desembarcase en la costa del mar del Norte. Bismarck respondió: «Enviaría un policía a que lo arrestara». Aunque no era soldado de profesión, aquí aparecía vestido, aunque resulte extraño, con el casco puntiagudo de oficial de la milicia de reserva.

Como perfecto contrapunto a todas aquellas fanfarronadas y pirotecnias, nos encontramos con el segundo protagonista de aquel día, Helmuth von Moltke, el jefe del Estado Mayor General prusiano. En esta batalla, dirigió las operaciones con una habilidad casi perfecta, pese a contar ya sesenta y siete años. Si Bismarck era expresivo, Moltke era retraído. Este austero servidor del Estado prusiano era un soldado centrado, un vivo ejemplo del *Geist* de la Ilustración prusiana. Impasible, sobrio y carente de emotividad, nunca decía nada que no estuviera relacionado directamente con lo que se estuviera tratando. Se había

casado, ya a una edad avanzada, con una joven inglesa y empleaba la mayor parte de su tiempo en leer a Goethe y a William Shakespeare; con anterioridad, había traducido nueve volúmenes de Edward Gibbon. Ludwig Benedek tuvo la mala fortuna de ser, aquel año, el oficial «de turno» que tuvo que enfrentarse a aquellos personajes formidables, y quien tuvo que sacrificarse por la dinastía. Un par de años después la misión habría recaído sobre Gablenz. Una década antes incluso podría haber correspondido a Radetzky.



Banda de infantería, de Gottfried Pils. Colección del autor

CAPÍTULO 20

EL CAMINO MILITAR A SARAJEVO



Los detalles del asesinato del archiduque Francisco Fernando siguen despertando el interés de los historiadores. Pero pocos se fijan en la curiosa coincidencia de que muchos de los protagonistas vestían el uniforme de los oficiales *k. (u.) k.* La perspectiva que el Ejército austrohúngaro arroja sobre estos tristes acontecimientos es reveladora. El malogrado archiduque, además de ser el heredero al trono, era un oficial de alta graduación. Francisco Fernando no habría estado en Sarajevo de no haber asistido a unas maniobras militares por ser el inspector-general del Ejército. La invitación y la fecha de las maniobras las había decidido el Estado Mayor General. Su anfitrión era otro oficial de alta graduación, Oskar Potiorek, que se encargó de la seguridad del archiduque. En los días siguientes otro oficial, Erik von Merizzi, edecán de Potiorek, tendría un importante y desgraciado papel invitado.

EL ITINERARIO DEL ARCHIDUQUE

Un pedazo de papel tal vez parezca una forma extraña de comenzar el examen del cataclismo que sucedió en junio de 1914. Sin embargo, pese a lo mucho que se haya escrito sobre los acontecimientos sucedidos en Sarajevo el 28 de junio, por muchas aterradoras exposiciones que se hagan sobre aquellos funestos acontecimientos, lo más desconcertante es este documento de apariencia banal. Pese a su refinado diseño y tipo de letra, el itinerario impreso de la visita del archiduque Francisco Fernando a Sarajevo resulta en particular siniestro, y tal vez esté entre los principales desencadenantes del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Entre las secciones señaladas como 10.30 y 11.30 a. m., los detalles de la ruta del heredero hacia Sarajevo hacen referencia en dos ocasiones a la en apariencia inofensiva «Appel-Kai». La Appel-Kai o Quay es una carretera bastante corta que transcurre junto al río Miljačka, entre el ayuntamiento de Sarajevo y la estación ferroviaria. Al limitar uno de sus lados con el río, dicha carretera permitía al posible asesino un campo de visión sin obstáculos sobre su víctima. Al especificar esta carretera y los horarios con tanta precisión, el itinerario oficial le dio al asesino, de forma intencionada o no, toda

la información que necesitaba para colocarse aquella mañana sabiendo que tendría garantizada la posibilidad de disparar al archiduque. Este simple pedazo de papel no es tanto un horario como una invitación abierta al asesinato, una cédula de muerte del archiduque impresa en papel militar imperial.

La visita era parte de un programa mayor que había organizado el Ejército. El listado de destinatarios de aquel itinerario impreso se conservó con eficiencia castrense. De las 187 copias que se imprimieron, 27 se enviaron al gobernador militar de Bosnia-Herzegovina, 35 se enviaron a otros funcionarios y 8 se distribuyeron en cada uno de los cuarteles generales de dos cuerpos (el III y el XV) del Ejército Imperial y Real. Las 117 copias restantes se enviaron a Sarajevo en la primavera de 1914.¹ A mediados de marzo, una de ellas había llegado a la mesa del oficial de servicio de la Inteligencia Militar serbia, justo cuando las relaciones entre los militares y el gobierno serbios entraban en una fase nueva y difícil. El gobierno serbio, encabezado por un político prorruso, Nikola Pasič, intentaba cortar las alas a los militares, o al menos reducir de forma drástica su influencia política.²

No había nada de raro en invitar a Francisco Fernando, recién nombrado inspector-general del Ejército, a que asistiera a unas maniobras en Bosnia. Sin embargo, la invitación debe verse en el contexto del deterioro de las relaciones entre el archiduque y su jefe de Estado Mayor, Conrad von Hötzendorf. La idea se había rumoreado primero a finales de octubre de 1913, poco después de que Conrad tuviera una fuerte disputa con Francisco Fernando y le entregara su dimisión. La disputa se había estado cocinando durante varios meses y había estallado, en parte, debido a la insistencia de Conrad en que el Ejército habsbúrgico se preparara para una guerra inminente contra Serbia y Rusia. En unas maniobras en las que el archiduque ordenó el despliegue de algunas tropas sin consultar antes a Conrad hubo un duro intercambio de palabras entre ambos. El archiduque llegó a amenazar de forma solemne a Conrad con que, si insistía en aquella forma de pensar, «acabaría como Wallenstein».³

CAPÍTULO 22

LA ÚLTIMA GUERRA DE AUSTRIA-HUNGRÍA

1914



El Ejército de Austria-Hungría entró en la Gran Guerra sin estar listo para librar un conflicto a gran escala. Sus tropas no habían disparado un solo tiro en combate desde hacía más de una generación. Todas las lecciones que sus adversarios habían aprovechado –los británicos durante la guerra de los bóeres, los serbios durante las guerras de los Balcanes, los rusos durante la reciente guerra ruso-japonesa– habían sido ignoradas por Viena. El único oficial austriaco presente en la guerra de los bóeres, el mayor Robert Trimmel, había enviado informes que avisaban sobre los avances que los británicos habían tenido que adoptar en el empleo del camuflaje y en tácticas, pero dichos informes se descartaron por considerarlos «irrelevantes». La altanera réplica del Estado Mayor General fue que Austria-Hungría no lucharía nunca en «una guerra colonial». La falta de imaginación dominaba los niveles más altos del mando. En 1906, al mostrarle a Francisco José el prototipo de un vehículo blindado, el monarca lo observó perplejo desde la silla de su caballo. «Tal cosa –dijo– nunca tendrá un valor militar».¹

Por si no bastara con aquella mentalidad, todos los planes de guerra austrohúngaros relevantes, como hemos visto, habían sido vendidos a la Entente. Las rivalidades políticas y nacionalistas amenazaban con debilitar la cohesión de las fuerzas armadas. A la vista de dichos problemas, es comprensible que los Aliados pensarán que los ejércitos habsbúrgicos se desintegrarían con rapidez bajo una presión prolongada. Esto resultaría falso, pero lo que escribió August von Cramon, el futuro oficial de enlace alemán dentro del Estado Mayor General austriaco, estaba justificado: «El Ejército austriaco era válido para emprender una campaña contra Serbia, pero no estaba adecuadamente preparado para comenzar una guerra contra una gran potencia europea».² Aunque el presupuesto militar había crecido desde 262 millones de coronas en 1895 a

306 millones en 1906, Austria todavía gastaba en sus fuerzas armadas, en proporción, menos que cualquier otra potencia europea. El Imperio habsbúrgico era el Estado menos militarizado de Europa.

Antes de estallar las hostilidades, el Ejército se había ido convirtiendo en una fuerza sobre todo de infantería: 700 de cada 1000 soldados eran de infantería. De cada 1000 oficiales, 791 eran austriacos alemanes, 97 húngaros, 47 checos, 23 polacos y 22 croatas o serbios. El resto eran ingleses, italianos, belgas, eslovenos, rutenos y albaneses.³ El predominio del idioma alemán demuestra que el Ejército, aunque fuera multinacional y multiconfesional, nunca fue multicultural en el sentido moderno. Desde 1906, Conrad había disfrutado de mayores poderes como *Generalstabchef* (jefe del Estado Mayor) que su antecesor. Sus competencias se habían ampliado para abarcar, además del Ejército Común, a las fuerzas *Landwehr* y *Honvédség*. Sin embargo, su estado mayor, en comparación con el alemán, era inferior en organización, dinamismo y valores.⁴

Al movilizarse la máquina militar alemana, Conrad comenzó a sentir las exigencias de su aliado con total claridad, igual que muchos otros generales austriacos. Austria-Hungría no había deseado en ningún momento entrar en guerra con Francia ni Inglaterra, pero la realidad del sistema de alianzas pronto se impuso a los deseos ingenuos del emperador y, la verdad, también de su embajador en Londres, el conde Mensdorff, que era primo de Eduardo VII. Mensdorff se sentía casi tan inglés como austriaco o húngaro. Al entregar la declaración de guerra formal comentó: «Qué gran ironía e injusticia que yo, tal vez el más anglófilo de los embajadores austriacos, sea responsable de entregar la primera declaración de guerra que se haya presentado en la historia de las relaciones seculares de nuestros dos imperios».⁵

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 637 659 915 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

